

rán un resplandor más intenso que el del mero progreso futuro. En parte nos encontramos con un libro de análisis de la situación filosófica y política actual, en parte es una prospectiva nostálgica sobre el destino de la modernidad —¡Nos han robado el fu-

turo!—, y, tal vez no en último lugar, una propuesta que podría ser más articulada y llegar a terrenos fecundos en las próximas publicaciones.

Enrique MOROS

Martha C. NUSSBAUM, *La monarquía del miedo. Una mirada filosófica a la crisis política actual*, Barcelona: Planeta («Paidós Estado y Sociedad»), 2019, 304 pp., 15,5 x 23,5, ISBN 978-84-49335853.

La autora no necesita ninguna presentación. El adjetivo «actual» con que se cierra el título es muy apropiado. La autora sitúa el origen de la gestación de este libro el mismo día de la elección de Trump como presidente de EE.UU. Y fue publicado originalmente en inglés en el 2018 por Simon&Schuster. El hilo argumentativo viene definido por el título: la crisis política actual en que se debaten los EE.UU. tiene su origen en el miedo, que ejerce su poder absoluto sobre la política (democrática) provocando una crisis que impide la colaboración solidaria de los ciudadanos para el desarrollo del país. Se trata, sin duda, de un ejercicio filosófico a la manera socrática en el que se intenta vivir y proponer «una vida examinada».

La mayor parte del texto se dedica a exponer, con la claridad y el dominio del mundo clásico que caracterizan a la autora, el papel «temprano y preponderante» del miedo en la vida política. Así desarrolla otro de sus temas favoritos: las pasiones del alma. El miedo engendra a la ira, que tiene a los demás como enemigos y convierte la política en un juego de suma cero. Cada ciudadano se encierra en su estrecho yo y allí desarrolla el asco que todo supuesto competidor (y todos son competidores para quien no tiene claro para qué vale ni ha podido formarse adecuadamente) le

produce. Así se desarrolla la política de exclusión que campa a sus anchas en la actualidad del discurso político estadounidense. Por último, el miedo convierte a los demás en objetos de una feroz envidia, siempre a la espera del desencadenamiento de una violencia ciega.

La cuestión puede plantearse con sencillez: «nos preguntemos a qué deberíamos aspirar como nación si queremos niños que sean capaces de preocuparse por los demás y de demostrar reciprocidad y también felicidad» (p. 63). La historia de los padres fundadores de los EE.UU. (en enfrentamiento entre Hamilton y Blurr) y el comentario de obras literarias se entrelazan para construir un discurso de fácil lectura. La autora no es partidaria de los desarrollos estoicos y cínicos contra el miedo, porque la primera pasión en realidad es el amor: «No hay nada que nos haga más vulnerables que amar a otras personas o amar a un país. Pueden salir mal muchísimas cosas... Conservar el amor significa conservar buena parte del miedo» (pp. 111-112). Finalmente, la autora dedica un capítulo a comentar el sexismo y la misoginia que forman un «coctel tóxico» que la cultura política actual se bebe a dos manos. Aunque reconoce que cuando entramos en estos temas «hablamos de cosas que no tienen mucha lógica» (p. 222). Y no cierra los ojos

ante el cambio cultural acelerado que vivimos hoy y la necesidad de aportar nuevas perspectivas que nos ayuden a desarrollar una vida digna. «Necesitamos... estrategias que nos permitan trascender el plano de lo que podríamos llamar la “familia Miedo” hacia otro plano, de trabajo cooperativo este, que abra la puerta a un futuro más prometedor de convivencia» (p. 225).

El último capítulo presenta la solución que la autora propone para la crisis: cambiar el miedo por la esperanza. Se trata de transformar la cadencia de las pasiones negativas por una renovada esperanza que requiere de fe y de amor. «Necesitamos creer que las cosas buenas en las que tenemos depositadas nuestras esperanzas tienen una probabilidad auténtica de hacerse realidad si aplicamos a ello nuestros esfuerzos de imperfectos mortales» (p. 243). Y «existe algo así como un nivel básico de amor necesario, previo incluso a nuestro posible interés por la esperanza» (p. 247). La autora presenta las estrategias desarrolladas por Luther King y por Nelson Mandela. Y su propia propuesta para avanzar: «¿Cuáles son las escuelas de esperanza?... La familia...; la poesía, la música y las demás artes; el pen-

samiento crítico...; las organizaciones religiosas...; las organizaciones solidarias... Considero también que todas ellas deberían complementarse con una sexta “práctica” de ciudadanía; un programa de servicio nacional obligatorio para todas las personas jóvenes que las pusieran en contacto directo con otras personas de diferente edad, etnia y nivel económico en el contexto de la prestación de algún servicio constructivo. Pese a la innegable impopularidad política actual de tal propuesta, creo que se trata de una solución de perentoria importancia» (pp. 250-251) Porque hay «un gran problema en la vida de este país... vivimos separados... Un segundo (y enorme) problema es que los estadounidenses carecen de un sentido del bien común» (p. 273). Estas últimas páginas, cargadas de sentido común y sensatez bien justifican este libro y hacen provechosa la lectura de estas páginas: son una invitación razonada a «actuar decididamente en pos de la justicia, por difícil que sea. También... [a la] de generosidad y grandeza de espíritu» (pp. 275-276) como misión de cada ciudadano.

Enrique MOROS

Juan Fernando SELLÉS, *Teología para inconformes. Claves teológicas de Leonardo Polo*, Madrid: Rialp, 2019, 705 pp., 16 x 24, ISBN 978-84-321-5152-1.

Nos encontramos ante un libro que, al margen del título, despierta un interés por la temática que aborda y el modo en que lo propone. No es usual, fuera de un ámbito académico concreto, escribir de Teología, y menos para alguien que desarrolla su tarea profesional en el campo de la Filosofía desde hace muchos años. ¿Qué aporta este libro que no podamos encontrar en otros sobre una temática parecida?

A mi modo de ver la novedad radica en ver cómo es posible, desde una propuesta

de Antropología Trascendental –la que sugiere Leonardo Polo–, que se pueda llegar, a través de los hábitos innatos –sindéresis, primeros principios y sabiduría–, a poder elaborar una Cristología.

Lo que se acaba de señalar es consistente con los dos métodos que permiten abordar teológicamente esta disciplina: el modelo ascendente y el modelo descendente. Como es sabido, el modelo ascendente tiene como punto de partida la Humanidad del Señor y busca ahí, en esa